

EL VI CONGRESO DEL "OFFICE INTERNATIONAL".

CULTURA Y REVOLUCION

POR

MICHEL CREUZET.

Tres mil personas, procedentes de veintiún naciones, han venido al Congreso de Lausana. Multitud cada año más joven, recogida, alegre. Hubo exposiciones, intervenciones en los *forum* y comunicaciones excelentes sobre la revolución, la verdadera y la falsa cultura y la acción cultural propuesta por el "Office".

Sin embargo, esto no es más que un solo aspecto del Congreso.

En modo alguno es suficiente describir la revolución cultural, ni la cultura deseada. Es necesario, además, que unos hombres, unas mujeres, hoy y mañana, hoy para mañana, acepten aportar lo mejor de sí mismos para la acción cultural que proponemos. Aún más, es necesario también que esas voluntades no sean solamente despertadas, sino también guiadas, que sepan ejercitarse en los diversos sectores de la vida cívica, familiar, universitaria, económica y sindical.

Uno de los rasgos notables de este Congreso fue no solamente la llegada en gran número de amigos nuevos (25 por 100), sino entre estos últimos, varios centenares de jóvenes atraídos a la acción del "Office" por los círculos y células universitarias durante los acontecimientos revolucionarios de la primavera pasada.

Cabría haberse preguntado si esos jóvenes, llegados a nuestro trabajo por caminos distintos de los clásicos de las amistades cívicas o religiosas, aceptarían de entrada el nivel espiritual, intelectual y moral de esas jornadas. Y, sin embargo, es un hecho, comprobado por todos, que en ningún momento fueron un elemento discordante.

Las exposiciones de los militantes, los *forum*, los *stands*, tenían como fin esa puesta en acción concreta de las energías, de las convicciones adquiridas, reforzadas por las comunicaciones.

Creemos que, a este respecto, el trabajo encarnado durante tres días —de las ocho de la mañana a las once de la noche— no fue vano.

* * *

Gracias sean dadas al Señor, Jesús.

No tenemos que insistir en el diálogo de todas esas almas con el divino Compañero, en el *Emáus* de nuestras angustias, ni en el unánime e impresionante fervor de las “aclamaciones carolíneas” que, con el Credo cantado en la sala de trabajo, clausura nuestros Congresos.

Solamente Dios juzga los frutos. Sólo Dios ve los arrepentimientos, los retornos a una piedad profunda, el misterioso acuerdo de las inteligencias y de los corazones, del servicio a la Ciudad que crece a paso firme hacia la Jerusalén eterna. Alegría en medio de la amargura de las pruebas que esperan a los militantes de la “formación cívica y de la acción cultural, según el derecho natural y cristiano”. Alegría en la abnegación. Alegría en la caridad, en el seno de un mundo aplastado por las guerras y el hombre, como nos dijo con tanta emoción Raoul Follereau, alegría en la ascesis de una acción inteligente, prudente (en el buen sentido de la palabra).

El Congreso se despliega entre estos dos términos: la alocución de Jean Madiran, en la primera sesión, anunciando a los congresistas lo que tendrán que sufrir en un mundo que rechaza su mensaje y que les odia, como no han dejado de odiar a la Iglesia y a los cristianos desde el Calvario.

Y la comunicación final de Jean Ousset, desbrozada, nítida, incluso austera, privada de lo que hubiera podido dar demasiada entrada al “entusiasmo del sentimiento únicamente”. Discurso del jefe que describe la acción a realizar. Acción llena de eficacia, de economía de fuerzas, de preocupación por no dejar nada al

azar, ni a la euforia pasajera de las manifestaciones exclusivamente masivas.

* * *

Estudio y oración, alegría y seriedad, sentido de la eficacia y libertad de espíritu se encontraban en la *Práctica*, en los trabajos de los *forum* y de los *stands*. Para algunos hubo demasiados *forum*, y durante ellos los *stands* recibían menos visitantes.

Equilibrio difícil de conciliar.

* * *

Ciertamente que es en el *stand* donde se traban las conversaciones, donde se toman los contactos, donde se precisan las resoluciones.

Pero los *forum* permiten puntualizar sobre la situación de nuestras familias, de nuestras profesiones, de nuestras escuelas, de nuestros estados de vida. En los *forum* tuvieron lugar testimonios e intercambios interesantes: algunos animadores presentaban el "estado de la cuestión", desde el Congreso precedente, y la actividad de los organismos que han actuado según los métodos propuestos por el *Office*. Otros respondían a las preguntas de los participantes. Estas desembocaban, normalmente, en la necesidad de visitar el *stand* donde se examinaban las situaciones particulares y las líneas de acción determinadas.

* * *

Suizos, portugueses, belgas, españoles, alemanes, amigos de los países de habla inglesa, se volvían a encontrar también en sus *stands*. También se volvían a encontrar alrededor de las mesas llamadas "lugares de encuentro" o, más sencillamente, en el restaurante, en el *snack* o en la cafetería.

Pero la seriedad en las resoluciones, la firmeza en la acción, ese amor verdadero que se forma en el humilde cumplimiento

cotidiano del deber de estado, no propagan la tristeza. La alegría divina de la que hemos hablado brota como el agua límpida de la roca árida de nuestros combates.

El buen humor estaba a la orden del día. Los *stands* de los estudiantes rivalizaban en el arte de los dibujos divertidos. “No entristezcan la doctrina”, decía uno de ellos. Había unos dibujos que mostraban la gigantesca marmita de la universidad francesa en la cual se cuecen: talleres de panfletos subversivos, núcleos “contestatarios”, etc. Por fuera se veía una multitud de viejos que pedían la prolongación de la escolaridad hasta los noventa y dos años, el sindicato de los veteranos de la escuela de párvulos, etc.

“*Nanterrons pas les étudiants*”, se leía bajo un montón de escombros. “*Qui veut la fac veut les doyens.*” “*Ne frappez pas si Faure*” (*), parecía que se gritaba a dos manos anónimas que con la hoz y el martillo derribaban Minerva y la Sorbona.

“Aquí nos cultivamos con nuestras manos”, decía un pasquín de los artesanos, etc....

* * *

En cuanto al arte de elevar los espíritus hasta las más altas verdades por los senderos del sentido común y de la risa, ese arte soberano, verdadera gracia de Dios, ¿no es acaso el de Gustave Thibon?

“Ya no hay más directores de conciencia, sino que son directores de inconsciencia”, nos dijo hablando de esos “apologistas del desnudo”, de la “civilización erótica” y de otras modas.

Si la apología del desnudo condujera a Dios, como sostienen ciertos clérigos, con todo lo que se lee en las paredes, en las

(*) Observen los lectores el juego de palabras que en la primera y tercera frases en cursiva se verifica entre palabras distintas, pero que pronunciadas en francés suenan igual. En la primera, entre *Nanterrons* (derivado de *Nanterre*, la agitada Universidad de este nombre) y *n'enterrons* (no enterremos). En la segunda: entre *Faure* (Ministro de Educación Nacional de Francia) y *fort* (fuerte). (Nota de SPEIRO.)

revistas y por todas partes, de todos los sitios saldrían almas volando hacia la más sublime contemplación.

Es sana la risa que se burla de las grandilocuencias con las cuales se intenta disimular el vacío de una época que abandona el sentido del ser y persigue al hombre en sus libertades.

* * *

Nunca se ha hablado tanto de liberación, pero François Saint Pierre nos muestra cómo:

El Estado, gran propietario inmobiliario, impide la representación directa de sus inquilinos colocando entre ellos y él la pantalla de las asociaciones “obligatorias” que él fiscaliza.

La Seguridad Social monopoliza, en las manos de organismos gigantes, sin vínculos reales, directos con los ciudadanos, las libertades más legítimas de estos últimos. Esta tiranía “económica” prepara la tiranía “cultural” sobre unos hombres “desalienados”.

* * *

Son las dos últimas etapas de la revolución; la primera era, según Marcel Clement, la revolución política de 1789.

Filosofía del hombre sublevado que desemboca en esta locura: “La teología de la revolución”, verdadero derribo de la revolución que Luc Baresta, en su presidencia, supo poner al descubierto. Una teología, “sumidero colector de todas las herejías”, como decía San Pío X del modernismo, cuyo hedor, cuyas devastaciones son padecidas, dolorosamente, por los católicos holandeses.

El profesor den Ottolander, valeroso defensor de la fe y del catolicismo romano en su país, supo hablarnos de ello con el respeto por las cosas santas y los hombres consagrados, unido a la justa cólera de nuestros hermanos que lloran y sufren en esta “persecución a lo Juliano el Apóstata”, como decía el Padre

Vallet, persecución muchas veces peor que la del hierro y del fuego.

* * *

Exposición inaugural magistral de Louis Daujarques.

—Comunicación de Carlos Sacheri, tan rica, tan documentada, mostrando la alternativa de la falsa y de la verdadera cultura en los sistemas filosóficos desde Santo Tomás y sus resultados: la civilización o el reino de pseudo-civilizaciones bárbaras.

—Comunicación de André Petitjean, mostrando el enlace de la cultura como enriquecimiento personal y tesoro colectivo de una sociedad, con el patrimonio de las ciudades, herencia que forma la civilización.

—Presidencia de Bertrand Mac Donnal, venido desde Australia para hablarnos del valeroso trabajo de los organismos sindicales y políticos no revolucionarios o de esta asociación católica de la cual es uno de los fundadores: "La Liga Cardenal Merry del Val" (1).

—Presidencia de Raoul Pignat, el amigo fiel de esta Suiza que nos acoge desde hace tantos años, unida en la diversidad de sus culturas y de sus confesiones religiosas por la vinculación común a los valores de la civilización cristiana.

—Presidencia breve, pero de tan acusada significación, durante la cual con palabras demasiado modestas, Antonio da Cruz Rodrigues nos habló del trabajo del "Office International" en Portugal.

—Presidencia de François-Albert Angers, uno de los espíritus más seguros del Canadá francés, antiguo director de l'"Action Nationale", que mostró cómo la provincia católica de Quebec ha visto desaparecer en cinco años sus escuelas católicas y laicizar su vida social por el juego combinado de franc-masones, marxistas disfrazados y clérigos desorientados o cómplices. Sin em-

(1) No se olvide que este prelado español, cuya causa de beatificación está introducida, fue el Secretario de Estado de San Pío X.

bargo, un espíritu cristiano sostiene a los pobres y humildes. Y algunas élites empiezan a luchar contra la subversión.

* * *

Pero no era suficiente hablar de cultura teóricamente. Era, además, necesario proponer el ejemplo de realización de una cultura cristiana.

El año pasado habíamos admirado las obras de Henri Charlier. Este año Camille Colruyt exponía sus esculturas.

Obras majestuosas como su Pío XII, su San Francisco de Asís, su Cristo de la Ascensión, colocados sobre la tribuna de los oradores y, finalmente, las estatuas de la capilla.

Rostros de Cristo, tan serenos, tan meditadores, san Benito, un san Trond, una alegoría de la solidaridad, Cristos crucificados y esta Virgen, "terrible como un ejército desplegado para la batalla", esculpida para el Congreso.

No se sabe qué admirar más, si esta estatua o la orfebrería litúrgica, ostensorios, cálices.

* * *

Bien pocos creían en mayo pasado que fuera posible el Congreso de 1969. Dios lo ha permitido. Que le haga fructificar para que, según la consigna del celestial Patrono del Congreso, san Pío X, la civilización cristiana siga siendo "instaurada y restaurada sin cesar".